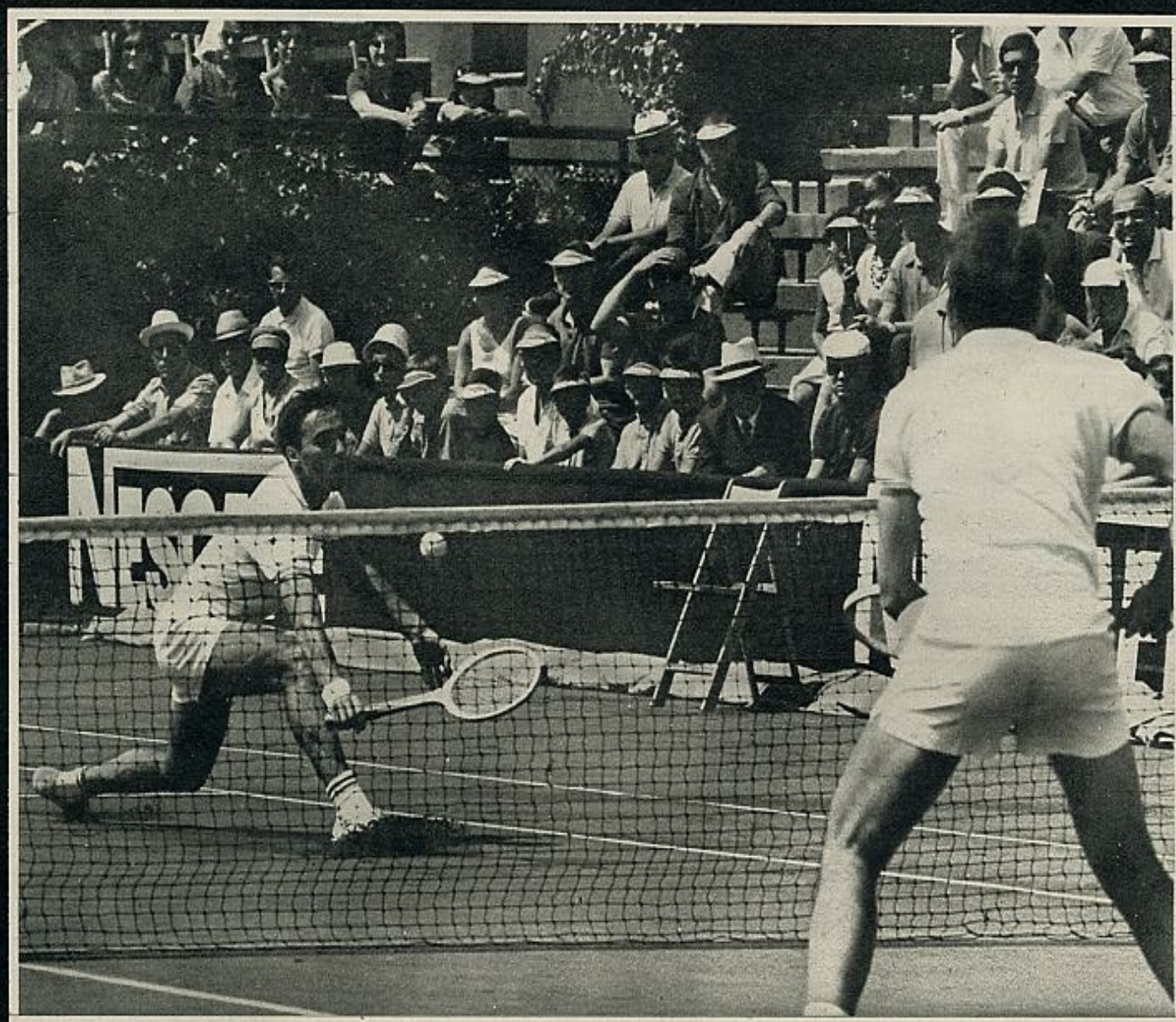


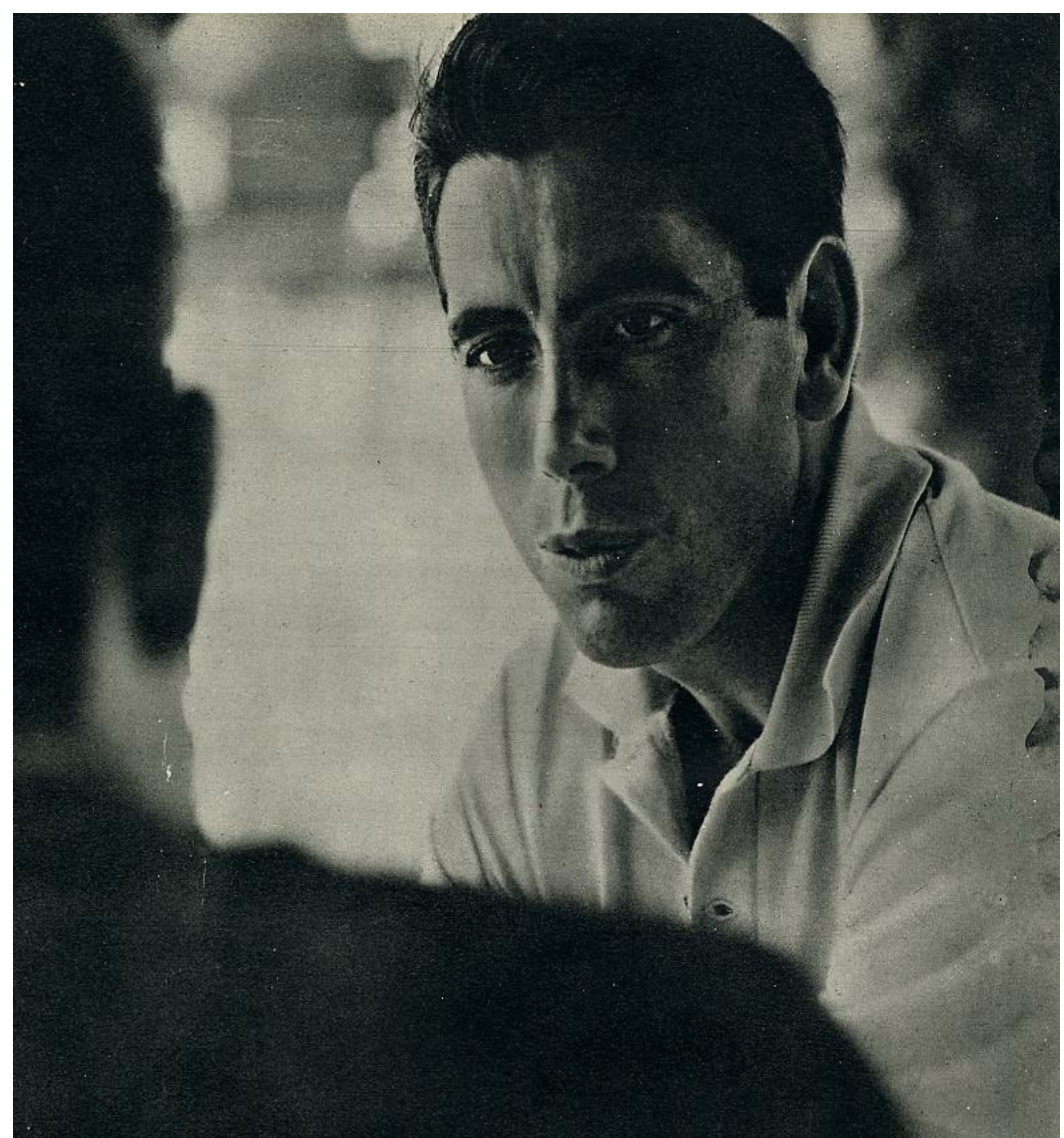
# SANTANA

## LA REBELION DE LAS MASAS



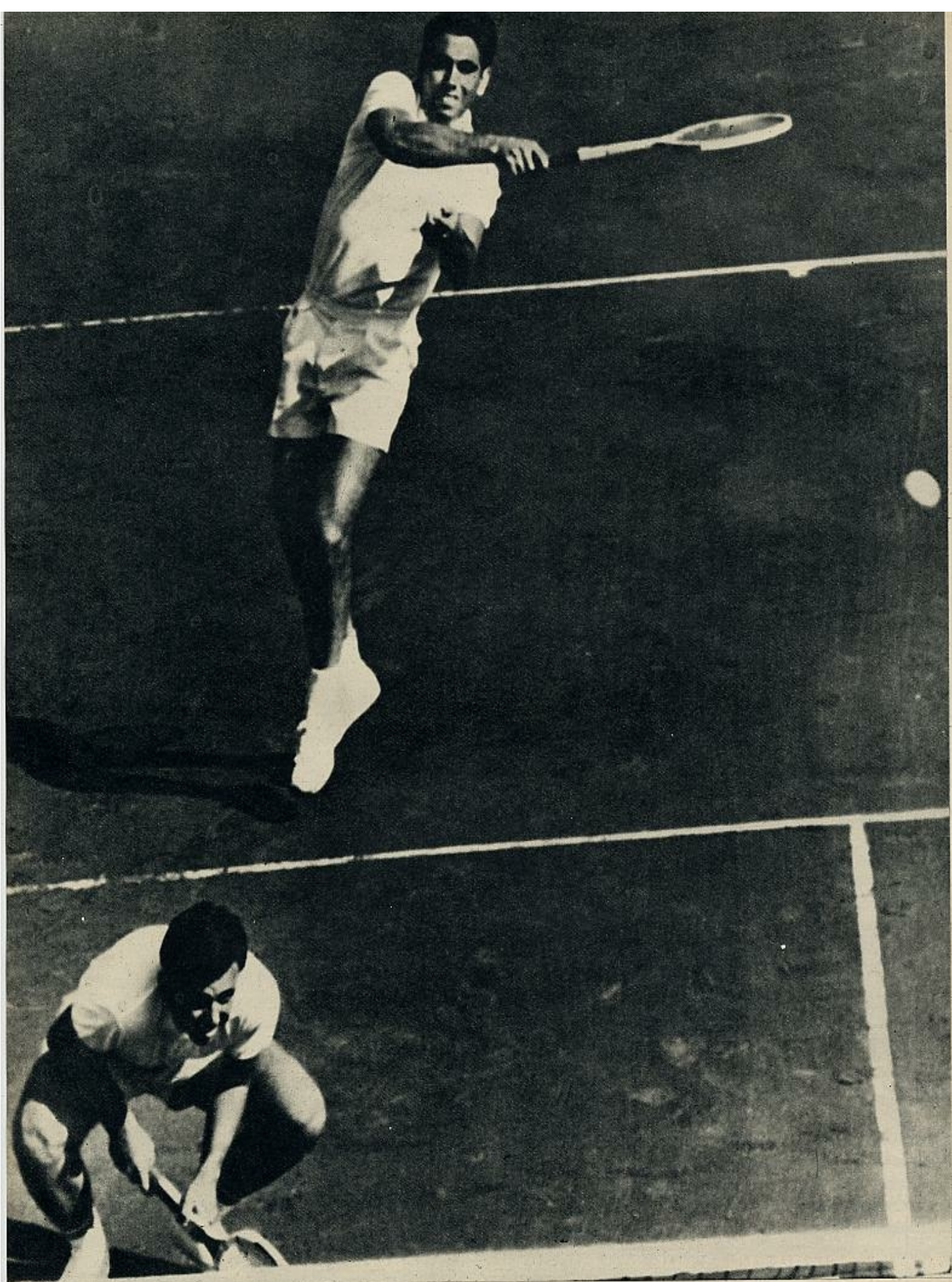
Alejandro Matrevelli fue derrotado por Gisbert y Santana (de espaldas) en la final de la zona europea de los campeonatos de la Copa Davis, en Barcelona.





**U**N muchacho puede entrar en un club de tenis de dos formas: o pagando una cuota –muy alta–, o sin pagar, como recogedor de pelotas. Juntos, pero sin mezclarse, como el agua y el aceite. Los unos rodean al manager de Santana, que les explica el último golpe del campeón, que se está entrenando con Orantes en la primera pista. Perfectos, inmaculados, dignos de Mercado Común estos chicos de la alta burguesía catalana. Hay una niña de larga melena rubia que me recuerda la Micól de "El Jardín de los Finzi-Contini". *Els altres*, morenuchos, despeinados, corren tras las pelotas con **SIGUE**





Un resultado favorable a España en el encuentro de dobles del sábado habría significado ya la eliminación de Rusia, ya que los individuales de la víspera habían sido para Santana y Gisbert. Los soviéticos Likachev y Metrevelli consiguieron vencer a Santana y Arilla, a pesar del estupendo juego del número uno español.



sus camisillas verdes anudadas sobre la tripa o sueltas al aire.

Estos dos grupos —escasísimos— de muchachos son la cantera de tenis y sobre esta base nadie puede hacerse ilusiones sobre el futuro del tenis español, aunque estemos hoy viviendo un momento de euforia.

La horizontalidad del club de Barcelona, su carácter recoleto y su armonía han sido rotos por unos altos graderíos que ahora están rematando los obreros y que deberán acoger a 10.000 espectadores en los campeonatos de la Copa Davis. Yo pienso, mientras sigo el entrenamiento de Santana, si volverán a montarse estos tinglados de hierro y madera cuando él desaparezca. Cuando Santana se termine... Los que asistimos a este entrenamiento queremos ver un gesto de cansancio en el jugador o más bien ese gesto de rutina del que cumple un deber al coger la raqueta, un viejo oficio.

Con la cabeza entre los hombros, entre humilde e indiferente, sintiéndose mirado, Santana corre a los vestuarios mientras se aprieta detrás de él un grupito de fans, el manager y el capitán. Lleva colgada una gota de sudor en la punta de la nariz. Parece realmente cansado. Le espero en una mesita bajo la pérgola. Uno de los recogedores de pelotas se empeña en jugar con los objeti-

vos y las cámaras de Ramón. Y ya viene, fresco, Santana hacia nosotros.

Siento la mirada viva del tenista perseguir mis palabras como si fuesen pelotas. Le siento al fondo, esperando mis golpes.

—Santana —le digo—, su aparición en el tenis español no se corresponde a un montaje que hoy pueda garantizarnos otros Santanas... Yo temo que cuando se retire habrá un vacío en el tenis español.

—Yo también lo temo. Actualmente se confía todo en mí. Todo depende de mí; si yo fallo, falla todo. Soy consciente de ello y por eso no puedo retirarme —lo entiendo como una obligación— hasta que nuestro equipo esté en condiciones de seguir él solo. Calculo que seguiré jugando un par de años, no más. En las condiciones actuales salen uno o dos buenos tenistas por casualidad; así, puede producirse ese vacío si no se toman las medidas necesarias. La afición que se ha conseguido por este deporte se vendrá entonces abajo.

—Más que afición por el deporte yo diría por el espectáculo.

—Exacto. La masa no hace deporte y no juega al tenis y sólo de la masa puede esperarse que salgan tenistas, no

uno, sino muchos. Por esto, la afición que estamos creando es falsa y morirá el día que terminen los triunfos.

—Santana, el tenis es un deporte minoritario, un deporte de «selectos», pero el tenis debería estar al alcance de todos. En primer lugar, porque todos tenemos derecho a practicarlo, y en segundo, para que puedan surgir buenos deportistas.

—Para ello hay que terminar con el funcionamiento a base de clubs en los que hay que pagar fuertes cuotas y que, por otra parte, son insuficientes. Ahora, en Barcelona, hay una escuela. Este club está bien, pero es preciso que se monten pistas públicas, numerosas y públicas. En Inglaterra, por ejemplo, se puede jugar en una pista pública por dieciséis pesetas la hora.

—Hay otro problema... Es preciso cambiar totalmente el sistema de estudios, de tal manera que los estudiantes puedan hacer deporte. Los estudiantes estudian por la mañana y por la tarde, y cuando llegan a casa, por la noche, les está esperando un profesor particular... ¿Cuándo puede un estudiante practicar deporte? Como es lógico, el sábado por la tarde los muchachos se van al cine, y el domingo, a bailar. Es necesario

## SANTANA



dar cabida al deporte en la vida del estudiante y esto es algo que deberá resolverse de acuerdo con el Ministerio de Educación. Los sistemas de estudios en España deben ser cambiados de raíz.

—El deporte está desprestigiado. Los propios profesores lo desprecian y esto es grave.

—Yo no creo que haya que sacar simplemente deportistas. Todo muchacho tiene que estudiar. El deportista tiene que salir del estudio y del deporte a la vez, debe ser un hombre completo. ¿De qué vale un deportista si luego está embrutecido, si no tiene formación ninguna?

Santana habla suave, tranquilamente. En un principio ambos pensábamos que nuestro encuentro iba a ser un combate; ahora nos damos cuenta que se trata simplemente de un peloteo amistoso.

—Lo importante no es ayudar a un chico en lo tenístico, por ejemplo, sino conseguir que los niños que han de hacer deporte vivan en un ambiente tranquilo, de desahogo... De lo contrario, siempre estaremos dependiendo de ese jugador que siempre sale por casualidad.

Blume, Bahamontes, Santana... El chispazo genial y ya podemos justificarnos. Luego, el vacío durante muchos años.

### el milagro

Pérgolas, fustes por los que trepa la madreSelva, árboles y tiestos a lo largo de terrazas y caminos, macizos altos de aristas bien re-

SIGUE



La victoria de Gisbert sobre Matrevelli fue decisiva, fue una de las tardes «raras» de Gisbert ya que logró remontar los dos primeros sets favorables al ruso y los tres juegos del tercero. Después de la tarde del viernes, la responsabilidad recaía en Santana.





cortadas que separan las pistas ocre. De una de ellas nos llega el golpe discreto de la pelota en tierra y el de la pelota sobre la raqueta, ligeramente más sonoro. Setos vivos, verde en suma, dando alma a esta geometría de rectángulos, tal es la composición de lugar de este deporte selecto, el tenis, más que deporte instrumento de relaciones de una clase e infértil deportivamente hablando si no se hubiese colado en él, casi por casualidad, un chico llamado Manuel Santana.

He dicho que en este mundillo se «coló» Manuel Santana. No le introdujeron en él para que conociese compañeros, futuros socios en los negocios, o para que iniciara amistades femeninas que algún día resultaran amorosas. Entró en el club de tenis de Velázquez, de Madrid, para trabajar y aquí encontró la alegría de la libertad, la única alegría grande de su infancia.

—Como la de todos los muchachos de mi edad, tuve una infancia difícil. Nací en el treinta y ocho. Pero, además, la mía era una familia modesta.

En el club no había horario de trabajo y así Manolo podía engañar fácilmente a sus padres. A los trece años cogió por primera vez una raqueta, una vieja raqueta que le regaló un socio cuyo nombre no recuerda. El padre —mecánico electricista de la Compañía Municipal de Transportes— dejó a su mujer la herencia de cuatro hijos. Manolo, el segundo de ellos. Fue entonces cuando le adoptaron los Romero Girón. De recogedor de pelotas pasó a ser socio del club, pero había una dura contrapartida.

—Me impusieron un horario estricto: gimnasia por la mañana y clases por la tarde con un profesor particular. Me impusieron también un director espiritual. Todos los días iba a comer a casa de mi madre. Los tres primeros meses se me hicieron muy duros, creí que no podía resistir. A los Romero les debo todo, a ellos y no a ninguna delegación ni a nadie.

Manolo Santana tenía un estilo de juego muy personal. Los técnicos no le aventuraban triunfos.

—Lo más característico de mi juego es la combatividad que tengo en la pista. Quizá mis golpes no eran tan potentes, pero esto lo suplo a base de combatividad y de inspiración. Improviso continuamente y me salen cosas que me sorprenden a mí mismo.

En 1958 no era el favorito para el Campeonato Nacional, «pero llegué a la final y gané». Tampoco lo era en 1961 en el Campeonato Internacional de Francia, el campeonato oficioso de tenistas sobre tierra, «pero llegué al fi-



De recogedor de pelotas a vencedor en Wimbledon. Manolo Santana seguirá al frente del equipo español —otros dos años— hasta que éste pueda prescindir del que hoy es la base de los triunfos españoles. Santana piensa ya en su futuro trabajo donde intenta demostrar que sirve para algo más que para el deporte.



nal y gané». Mil novecientos sesenta y cinco fue año importante para Santana; se consideraba que no sabía jugar sobre hierba, él mismo se lo creía, pero ganó en Estados Unidos sobre pista de hierba. Llevó al equipo español a las finales de la Copa Davis y, por fin, en 1966 culmina su carrera al triunfar en Wimbledon. Ahora ha derrotado limpiamente a Leius y a Metrevelli. Con la cabeza un poco metida entre los

hombros, con un gesto imperceptible de cansancio.

—¿Habrá un vacío en su vida cuando terminen los aplausos.

—En absoluto. Sé que mi popularidad terminará un día y no me asusta, porque me interesa mi trabajo. Ahora intento demostrarme que valgo para algo más que para el deporte. Desde hace tres años trabajo, cuando no juego, como jefe de ventas de la casa Phi-

lips de cigarrillos. Mi empeño es superarme en este trabajo, al que ya quiero dedicarme plenamente. Lo único que me sigue reteniendo en el tenis es el prestigio de nuestro equipo, que quiero dejar en buenas manos. Mi ilusión sería que me sucediera Orantes. Orantes se va a encontrar en una posición muy difícil. Es un junior sensacional, pero aún le queda mucho por aprender. Pero el público le va a exigir demasia-

## SANTANA



do antes de tiempo, desde el principio. No le va a perdonar las derrotas, que tendrá con toda seguridad, cuando comience a jugar con mayores. Le van a estar recordando continuamente a Santana. Le van a decir: Santana ganó esto, ganó lo otro. Pero él no deberá desanimarse. Orantes no deberá creérselo o estará perdido. Le dicen: eres el segundo Manolo, pero no se puede hablar de ganar Wimbledon tan pronto.

Así, pues, se espera un segundo milagro. Se espera que otro hombre, por azar casi, sustituya todo un montaje deportivo, que vuelva a derrotar a otros Leius y Metrevelli, como hoy Santana y Gisbert. Se trata de otro recogedor de pelotas, un granadino en Barcelona que, a los ocho años, comenzó a trabajar en el tenis de la Salud. Se confía en él para que de nuevo puedan levantarse estos graderíos capaces de 10.000 espectadores y para que una afición nacional pueda congregarse en torno a los televisores para seguir la Copa Davis. Evidentemente, la solución parece obvia: conseguir que, en vez de unos centenares de recogedores de pelotas, haya muchos miles. Entonces seríamos siempre los campeones incuestionables y, además, podríamos jugar todos una partida de vez en cuando, que también es importante.

C. ALONSO DE LOS RIOS

(Fotos: RAMON ROCA  
y Europa Press)



A Santana le gustaría que Orantes fuera su sucesor. Espléndido junior, corre el riesgo de caer ante unas exigencias demasiado prematuras del público. Como Santana, Manuel Orantes comenzó a trabajar como recogedor de pelotas en un club de tenis, en el de la Salud de Barcelona, a los ocho años.

